

## LOS DOCENTES EN LAS RELACIONES ESCUELA-COMUNIDAD

*María del Pilar Cortés*

EDUCADORA. ESPECIALISTA EN DESARROLLO INFANTIL

En primer lugar deseo agradecer al Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP por permitirme compartir este espacio con ustedes, y a los maestros que valerosamente se han atrevido a dar a conocer sus experiencias, ya que de una u otra forma este proceso nos lleva a mirarnos al espejo y preguntarnos: ¿Quién soy como ser humano, como maestro y cuál es mi papel en la vida y en la escuela?

Las historias y el tema de análisis me llevaron a recordar mis años de trabajo en el Jardín Infantil *Rin Rin Renacuajo* localizado en el barrio Chircales Consuelo Sur. Recuerdo que por primera vez en mi vida iba al sur y mis ojos no daban crédito al panorama que tenía en frente. El primer día —y no me acuerdo durante cuántos días más— observé cómo las mamás llevaban sus niños y éstos se trepaban por encima de la malla que bordeaba el jardín, se sentían presos. Los que no la podían trepar se aferraban a ella y lloraban desconsoladamente, diciendo “*mamá, papá...*” e indicando con sus deditos el chircal donde vivían, otros no querían volver porque detestaban estar en los salones.

Eso hizo que las maestras-jardineras dedicáramos una muy buena parte del tiempo a conocer a los padres de nuestros niños: fuimos sus alumnas. Nuestros salones de clase fueron sus casas, su pieza, la cocina, el chircal, el sitio para los animales, los barran-

cos, los pozos; y los maestros fueron los niños y sus familias. Los conocimos y nos conocieron. Debido a que quienes conocían el sector eran las señoras de servicios generales, porque habían nacido y se habían criado allí, se volvieron nuestras guías para ubicar las casas de los niños, montaña arriba, montaña abajo.

Los niños nos llamaban por nuestros nombres, nos enseñaban sus animales, nos contaban cómo habían nacido. Así, poco a poco fuimos ganando su confianza de manera que llegaban al jardín seguros y podían esperar que sus padres vinieran a recogerlos.

Conocer sus viviendas, sus hábitos de higiene, sus creencias y muchas otras cosas más, nos dio elementos para trabajar con los niños, la familia y la comunidad sobre unidades didácticas, registros civiles de nacimiento, higiene, salud, nutrición, saneamiento ambiental, y otras cosas más vinculando al centro de salud (hoy CAMI Tunjuelito), Profamilia y otras instituciones en acciones educativas, preventivas y de Atención Primaria.

Se hacía seguimiento al rendimiento académico de los niños que pasaban a la escuela, con el ánimo de apoyarlos y ver los requerimientos de la escuela para el ingreso de los próximos.

Sin embargo, percibíamos que aún no lográbamos que la mayoría de los padres expresaran sus opiniones, lanzara propuestas. Coyunturalmente llegaron dos practicantes de la Universidad Pedagógica y a ellas se les solicitó llevar un registro de la cotidianidad del jardín durante cinco días, de 7 de la mañana a 6 de la tarde. Cuando el informe fue entregado, más de uno sintió cierta molestia, creo que vimos reflejada tanto nuestra monotonía, como nuestra imagen en un espejo.

Superada la crisis, decidimos conocer la percepción de las familias de los niños hacia el jardín y hacia nosotras como jardineras. Convocamos a reuniones por grupos, asistimos en pleno todo el personal del jardín y gracias al ambiente de confianza que existía con los padres, se les solicitó realizar socio-dramas respecto a la forma como ellos nos veían cuando acudían al jardín. Luego se dialogaba al respecto y posteriormente se les solicitaban propuestas para el cambio por parte de ellos y de nosotros.



Esto generó la construcción de una propuesta pedagógica con los padres de familia, basada en talleres de construcción, pintura, literatura, música, deportes en los cuales los beneficiados eran los niños integrados. Como el marco de referencia son cuatro historias de maestros, muy respetuosamente sobre ellas elaboraré una reflexión.

El enunciado del tema “*Las relaciones que existen entre escuela y comunidad, y las dificultades que ésta plantea a los docentes*”, me genera un interrogante: ¿Por qué se señalan las relaciones entre la escuela y la comunidad como una dificultad y no como una experiencia de vida, en la que además de dificultades, se tienen logros y aprendizajes personales y sociales? Dejo planteada la inquietud, ya que *Vida de Maestro* y los resultados de estos encuentros formarán parte del proceso de Formación de Maestros, donde lo que propongan unos puede ser luz para otros.

La historia de vida personal, es algo así como la cédula de ciudadanía, siempre va con uno a todas partes. Y esa historia de vida está a flor de piel a todo momento: cuando nos desempeñamos como hombres o como mujeres, como pareja, como padre o madre,

como maestra o maestro, en el rol que desempeñemos, para bien o para mal. Elegimos una de las profesiones con mayor responsabilidad ante el ser humano: acompañar y orientar a otros en su desarrollo de ser seres humanos y a vivir en sociedad. Pero, ¿estamos preparados y dispuestos a asumirlo?, ¿qué nos exige ese reto?, ¿lo asumimos como asunto individual o colectivo?

Partiendo de la idea de que para el ser humano sus situaciones cotidianas y sus sentimientos se vuelven relevantes e importantes en los procesos de aprendizaje; esto es válido no sólo para los niños y jóvenes, sino también para los adultos; es importante anotar que en las historias de Alfonso y Luis Eduardo (1) se percibe que los grandes ausentes son el niño y el joven y, tras él, su familia y su comunidad.

Digo ausentes porque no se aprecia que ellos participen en el análisis de la situación, en la búsqueda de alternativas para la solución, ni en la definición de compromisos. Insisto en la historia de vida personal puesto que como adultos actuamos, muchas veces, repitiendo los patrones de nuestra infancia. Recordemos quién y cómo se tomaban las decisiones en nuestros hogares y si nos permitían participar como niños o jóvenes. En calidad de adultos estamos repitiendo la verticalidad y somos incapaces de reconocerlo.

Por otra parte, preguntémonos, ¿cómo podrían aprender los jóvenes y los padres a manejar el conflicto, si el modelo que reciben es de sanción o evasión de la situación?, ¿qué criterios y cómo

---

(1) Se refiere a las historias *Un experto, un funcionario y un maestro* incluida en éste en la página 20 y *Actividad reconocida*, publicada en: IDEP, *Vida de Maestro, Violencia en la Escuela*, Santa Fe de Bogotá, 1999, pág. 16.

serán esos niños y jóvenes en el trato con sus otros compañeros, delegados de curso o personero estudiantil, y con sus familiares? ¿De qué le podrá servir a un niño o joven leer o escribir, como el profesor desea, si no es capaz de comunicarse y expresar su naturaleza de ser?

Es interesante mirar en la historia de Luis Eduardo su capacidad de gestión y su dedicación a mejorar las condiciones locativas de la institución, sin embargo no se dio la oportunidad de construir y poner en práctica con los docentes y los padres otras estrategias para abordar el problema de los jóvenes. ¿Será el afán protagónico y sus concepciones de poder lo que le impidieron hacerlo? Y los otros dejaron perder elementos de beneficio común.

La historia de María Elsi (2) me invita a mirar al docente de puertas abiertas a la comunidad, que está dispuesto a colaborar en todo por su naturaleza de liderazgo, pero que cuando por fuerzas externas no puede continuar, se derrumba lo que había. ¿Nos ha pasado que la comunidad no asuma lo que se ha trabajado con tanto esfuerzo?, ¿será que realmente la comunidad tiene sentido de pertenencia de lo que está haciendo o por el contrario complace las ideas que yo tenga como maestra?, ¿qué procesos he generado para que la comunidad se apropie y lidere sus propios proyectos?, ¿hay voluntad y compromiso institucional para asumir proyectos con la comunidad?

Por último quiero invitar a que pensemos en cuál es la concepción de niño, de hombre y de la sociedad que tenemos.

---

(2) Se refiere a la historia *Doña Juan y las tres jornadas de María*, incluida en este ejemplar en la página 23.

Espero que ese pequeño que fue rechazado por su maestra “*defensora de sus derechos étnicos*”, haya encontrado una maestra afectuosa que lo acepte como un niño y que le estimule sus capacidades y potencialidades, que le hayan posibilitado recobrar su confianza, auto-estima y sus ganas de reír, de ser feliz (3).

Considero que la vinculación de la escuela a la comunidad y de ésta con la escuela es un proceso bidireccional, que requiere un trabajo en equipo gestado desde el interior del aula, desde las necesidades, requerimientos y expectativas de los niños y jóvenes, que se va articulando y fortaleciendo al interior de todos los estamentos de la comunidad educativa. Es allí y en el hogar —desde la cotidianidad— donde se construyen, se viven y se apropian los derechos humanos y por ende los de los niños.

Valoremos a cada uno de los miembros que conforman esa comunidad educativa y empecemos a dar las oportunidades de construirse a sí mismos y a la sociedad, en ese proceso de búsqueda, nosotros mismos iremos encontrando los eslabones perdidos, que están allí y a la fecha no habían podido aflorar.

---

(3) Se refiere al personaje de la historia *El mar se lleva por dentro*. Puede encontrarse en este volumen en la página 16.